

NO PERDAMOS TAMBIÉN EL SIGLO XXI

Presentar a Carlos Alberto Montaner no es tarea fácil. Este hijo del siglo XX nació en La Habana, Cuba en 1943 y por circunstancias del destino político de la isla le tocó emigrar hacia otras latitudes como tantos otros huyendo de la dictadura castrista. Primero a Estados Unidos, de allí a Puerto Rico y por último a España, pasando entre emigrantes la mayor parte de su vida, como nos confiesa este dedicado escritor, periodista y político. Montaner escribe semanalmente una columna periodística que se publica en docenas de periódicos en Europa Estados Unidos y América Latina. Es director de la Editorial Playor y de Firmas Press, agencia internacional de prensa. En 1990 fundó la Unión Liberal Cubana, partido político que preside y está afiliado

a la Internacional Liberal, organismo del cual Montaner es vice-presidente.

Ha publicado catorce libros entre novelas y ensayos en los que se destacan la novela "Trama" y los ensayos "Cuba: claves para una conciencia en crisis" (1978), "Fidel Castro y la revolución cubana" (1984), "La agonía de América" (1990), "Libertad: la clave de la prosperidad" (1995), "Cuba hoy, la lenta muerte del castrismo" (1995), y por último el "Manual del perfecto idiota latinoamericano" en colaboración con Plinio Apuleyo Mendoza y Alvaro Vargas Llosa, este último ensayo que se convirtió en un éxito editorial sin precedentes en el campo de la literatura política en todo el ámbito de la lengua castellana. La polémica que desató entre sus detractores y los que estaba de acuerdo con su planteamientos aún no termina. Latinoamérica ha fracasado en el camino del desarrollo y la modernidad y

ahora nos toca ver qué se puede hacer para corregir este desastroso destino tercermundista. El libro que presentamos hoy "No perdamos también el siglo XXI" según el autor intenta formular las respuestas apropiadas, aclarar dudas y proponer vías para que los latinoamericanos alcancen y conserven niveles de prosperidad del Primer Mundo. Es pues un libro constructivo, incluso didáctico, que aborda el tema del desarrollo desde diversas perspectivas: la Historia, la Psicología, la Política, la Economía y hasta la Biología.

El autor comienza por señalarnos que el grado de interdependencia del mundo en que vivimos, por la información que a diario nos traen los medios de comunicación, hacen de este pequeño planeta un lugar en que el más pobre, al saber que existe ese otro mundo de riquezas y boato, le venga la ominosa certeza de su pobreza y el primer mundo se convierte para él en una realidad virtual,

una imagen de algo tan inasible que parece una expresión de fantasía, un modelo más para anhelar que para emular existosamente. Frente a la pantalla del televisor desfilan a diario "live and in living color" todas las desgracias del planeta , las inhumanidades que comete el hombre contra su propia especie y la naturaleza, hasta anestesiarlos. Casi todos ansiamos una sociedad empeñada en que bienes y servicios crezcan constantemente en calidad y cantidad, eso que llamamos progreso, el leiv motiv de la humanidad que en modo alguno excluye los altos bienes culturales. La aldea global que nos impone las fuerzas económicas en donde muy pronto los niñitos del Tibet tendrán la oportunidad de disfrutar de una deliciosa galletita "Pascual" es una realidad actual y mientras los bienes materiales se distribuyen a lo largo y ancho del planeta, pareciese que el hombre revierte cada vez más a sus orígenes tribales. La visión antimercado

a lo que en América Latina hay que atribuirle las costosas estatizaciones, la emergencia de corruptos estados-empresarios, la redistribución forzada de la tierra mediante reformas agrarias, las medidas arancelarias proteccionistas emboscadas en la coartada del nacionalismo que solo han servido para enriquecer a unos cuantos amigos del poder que producen mal y a altísimos precios y la multiplicación de burocracias parásitas que se dedican a la venta de privilegios, los coimeros que pululan en nuestro medio. Es por ello que nuestra América Latina se llenó de espadones y guerrilleros, la democracia como sistema político y la economía de mercado habían caído en el mayor desprestigio y nuestros pueblos con indiferencia y hasta con un grado de complicidad contribuyeron a la conculcación de leyes y constituciones. ¿Quién en este país no recuerda a los que abanicaban la vanidad de nuestros dictadores sin pudor alguno? Mientras

los pueblos prósperos del planeta se llevaba a cabo una profunda transformación del saber y se multiplicaban los bienes y servicios, nosotros hacíamos revoluciones, ensayábamos "atajos", que siempre partían del supuesto que hay que despojar a alguien de lo que tiene para dárselo al que no tiene. Eso son las revoluciones mexicana, boliviana, cubana y nicaragüense: eso son el torrijismo, el peronismo, el velasquismo, el estado novo de Brasil. El autor nos lleva de la mano a través de la historia político social de los estados que han alcanzado un nivel de vida aceptable para todos sus ciudadanos por sus libertades y a esos otros a los que el sistema político llevó a la bancarrota al estar sometidos a un sistema colectivista sin propiedad privada y bajo la rígida planificación de los burócratas que ni siquiera respetaban los derechos humanos más elementales. El nuevo pensamiento - a diferencia del viejo que era una ideología-, es una lectura

de la experiencia vivida por las veinticinco naciones más desarrolladas y estables del planeta, organizadas en torno la idea de Estados de Derecho, es decir democracias regidas por leyes neutrales que afectan a todos los ciudadanos por igual, garantizando la propiedad privada. El elemento más importante para explicar el desarrollo de los pueblos es el capital humano y la gran tarea de los gobiernos según el autor, es poner al servicio de la sociedad una administración profesional y honorable que realice sus transacciones mediante operaciones y concursos transparentes, una fiscalidad no deficitaria, el estricto control del gasto público y una moneda sana y sobre todo es el mantenimiento del orden con absoluto respeto a los derechos humanos y la rápida y eficiente administración de justicia. La competencia debe funcionar libremente: en donde no hay competencia los precios se distorsionan y la calidad decae. Montaner nos

señala que la clave de la prosperidad descansa en tres pilares: la libertad para perseguir nuestros anhelos con ahínco, la responsabilidad para respetar las normas y la existencia de instituciones que permitan un buen balance entre estos factores no siempre fácilmente armonizables.

¿Por qué es pobre América Latina? La respuesta no es nada fácil: desde nuestro ancestro español, que nos transmitió una cultura forjada en el oscurantismo, la represión y la intolerancia religiosa, hasta nuestro antiyankismo, una relación love-hate, que nos ha llevado a revoluciones, marxismo, violencia y a excusar y culpar de todos nuestros fracasos al vecino del norte y sus intenciones imperialistas, que sin embargo acoge a todos esos que han huído de la violencia en sus países y que ahora paradójicamente claman por quedarse allá, en el seno del temido enemigo cuando ya supuestamente ha estallado la paz en nuestro medio. ¿Por

qué los llamados tigres de Asia han logrado en tan poco tiempo el despegue económico sin recursos naturales, petróleo, o grandes extensiones de terreno para la agricultura? ¿Qué distingue y qué tienen en común las naciones más desarrolladas del planeta? No es la raza, ni la religión ni tampoco el grado de educación de sus habitantes. Argentina tiene una de las poblaciones más educadas del planeta, está dotada de grandes recursos naturales y sin embargo salta de una crisis económica a otra. Montaner insistentemente nos señala que el ingrediente básico para la consecución de la prosperidad es el Estado de Derecho y la estabilidad política e institucional. Esto exige virtudes personales que deben convertirse en rasgos colectivos como son el rigor, disciplina, puntualidad en los compromisos, sujeción a las normas y el resto de los modos de comportamiento que se observan en ciertos pueblos

triunfadores y sobre todo el compromiso de salir a defender las conquistas liberales todos los días en el terreno de las ideas. Esto último jamás debemos olvidarlo: los enemigos asechan a todas horas. En un planeta en el que todo se globaliza- la economía, las mafias de narcotraficantes, las guerrillas- es una ingenuidad mayúscula sostener la ficción de que la política exterior debe excluir acciones para desalojar del poder a quienes, desde otras fronteras, ponen en peligro nuestro modo de vida. Ya vemos como la violencia de Colombia comienza a alterar la vida de humildes panameños en el Darién. El autor propone una fuerza internacional apoyada realmente por todas las naciones que tenga la autoridad para imponer el orden y no dejar la labor de policía del planeta únicamente a ciertos países, sobre todo a los Estados Unidos. Montaner es de la opinión que si golpistas, terroristas y guerrilleros supieran que tendrían

que enfrentarse a una fuerza supranacional inderrotable por definición, es probable que no recurrieran a la violencia con la rapidez que hoy suelen hacerlo. Y yo añadiría que si las naciones desarrolladas no fabricaran armas a destajo dispuestas a venderlas al mejor postor, si hubiera un control internacional sobre este tráfico mortífero, quizás, quizás no habrían hoy desde Afganistán hasta Zaire unos treinta conflictos bélicos, ni millones de seres desesperados, hambrientos, mutilados que huyen de un lado a otro sin encontrar refugio, las hambrunas provocadas por tantas guerras inútiles, cada tribu defendiendo un pedazo de tierra, una religión, un lenguaje. Matamos hasta en el nombre de Dios. Un mundo que afirma ser responsable por la supervivencia del planeta no acaba de entender que el planeta funciona con o sin nosotros en su superficie, que ha pasado por otras hecatombes que eliminaron hasta los

dinosaurios y sin perder el compás sigue dando vueltas, inmutable en su órbita. Somos nosotros los que necesitamos salvación, no la Tierra. Los valores trastocados de una sociedad que siente mucha más piedad por una ballena atrapada en el hielo que el hambre de un niño en Somalia. La disciplina personal que exige una sociedad justa no es tarea fácil. Nos hemos acostumbrado al paternalismo estatal y es más fácil culpar a otros por nuestros fallos y exigir servicios sin estar dispuestos a una cuota de cooperación y sacrificio. Las nuevas democracias de América Latina se han convertido en un forcejeo entre gobernantes y gobernados y no en sociedades integradas armoniosamente con los mismos propósitos de desarrollo y progreso. Pasada la era de dictadores militares de derecha e izquierda, nuestro bestiario tropical, nos enfrentamos con la codicia de gobernantes elegidos en forma democrática empeñados en saquear las

arcas del estado, o asociados a la narco-aristocracia y vemos con inmenso desaliento los vergonzosos fracasos de un Alan García, Color de Melo, Salinas de Gortari y el incipiente regreso de las dictaduras civiloides a través de la reelección impuesta. El mundo ha cambiado tanto que se ha vuelto casi irreconocible. El final del incierto equilibrio de la época de la guerra fría entre los polos socialistas y capitalistas, el despojo de nuestros recursos naturales, el crecimiento indiscriminado de la población menos capacitada para mantenerse, las grandes e incontrolables urbes, la concepción mundial de competencia a veces despiadada del capitalismo de libre mercado, la eliminación de protecciones y beneficios sociales y sindicales que han provocado tantos problemas en nuestros países, inconformidad que lleva muchas veces a la violencia, el auge del intolerante fundamentalismo religioso, los nacionalismos regionales y comunismos como movimientos

políticos, son algunos de los muchos males que nos agobian, aunque todavía a algunos nos queda la esperanza de que de nuestros pueblos surjan dirigentes capaces y honrados dispuestos a gobernar con justicia y que finalmente todos entendamos que la dedicación personal al trabajo es la mejor de las virtudes. Les recomiendo que lean cuidadosamente este libro: podemos estar de acuerdo o en total desacuerdo con sus postulados, pero Montaner siempre nos hace pensar y mucho al ilustrarnos sobre la forma de como y por qué se desarrollan los pueblos; sus soluciones puede que no sean las nuestras o muy populares, pero si somos ciudadanos responsables, ello nos obligaría a examinar otras perspectivas y sobre todo nos incitaría a no ser únicamente expectadores del acontecer humano, dispuestos a criticar sin aportar absolutamente nada al mejoramiento de la sociedad en que vivimos. Quizás algún día en América Latina encontremos el

camino hacia el progreso en ese nuevo siglo en el que tenemos cifradas tantas esperanzas y saludamos hoy el indomable optimismo de Carlos Alberto Montaner. Quiero terminar con un apropiado pensamiento de Tomás Jefferson que nos dice "mientras más trabajo, más suerte tengo" . Amén.